

Mercedes Monmany

Ya sabes que volveré

Tres grandes escritoras en Auschwitz:
Irène Némirovsky, Gertrud Kolmar
y Etty Hillesum



Galaxia Gutenberg

YA SABES QUE VOLVERÉ

Tres grandes escritoras en Auschwitz:
Irène Némirovsky, Gertrud Kolmar
y Etty Hillesum

MERCEDES MONMANY

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: noviembre 2017

© Mercedes Monmany, 2017
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017
Imagen de portada: © Roger Kennett / fotoLibra

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17088-70-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para César y Laura

INTRODUCCIÓN

Esta vida es bella y está llena de sentido

ETTY HILLESUM

Hay dos partes en este diario: está la parte que escribo por deber y está la escrita para Jean, para mí y para él [...]. Volveré, Jean, ¿sabes?, volveré.

HÉLÈNE BERR, *Diario 1942-1943*

El sentimiento de vida es tan fuerte dentro de mí, tan grande, tan sereno y lleno de gratitud, que no intentaré ni por un momento expresarlo con una sola palabra [...]. Ya sé todo. Y sin embargo considero que esta vida es bella y está llena de sentido. A cada instante.

ETTY HILLESUM, *Diario 1941-1943*

Mientras exista este sol y este cielo tan despejado y pueda yo verlo no podré estar triste [...]. Mientras todo esto exista, y creo que existirá siempre, sé que toda pena tiene consuelo, en cualquier circunstancia que sea.

ANA FRANK, *Diario 1942-1944*

*We'll meet again / Don't know where / Don't know
when / But
I know we'll meet again some sunny day.*

(Nos volveremos a ver / No sé dónde / No sé cuándo / Pero sé que un día de sol nos volveremos a ver.)

(*We'll Meet Again*, 1939, cantada por Vera Lynn, que se convirtió en símbolo de los soldados aliados que partían al frente durante la Segunda Guerra Mundial)

Eran jóvenes, en ocasiones apenas adolescentes. Se llamaban Etty, Hélène, Ana. Estaban llenas de sueños, de proyectos de futuro, de amores ardientes que empezaban, les gustaba escribir. Nunca, ni en las peores condiciones, dejaron de leer, de estudiar, de practicar sus aficiones, de creer en la amistad, de cuidar de los suyos, de educar su espíritu sin desfallecer un solo momento. Sabían que lo que estaban viviendo no era normal y quisieron dejarlo por escrito. A pesar de su juventud se impusieron un deber: hablarle al futuro. Aunque ellas ya no estuvieran.

Había en todas ellas, por optimistas y alegres que fueran, un presentimiento, una inquietud, la madurez avanzaba, o se asentaba, a pasos agigantados, el tiempo se comprimía, como antes nunca había sucedido. «Vivimos hora tras hora, ya no semana tras semana», dejaría escrito en su *Diario*, que comenzó a los veintiún años, la joven judía parisina Hélène Berr, estudiante de Filología Inglesa en la Sorbona. El 8 de marzo de 1944, el día en que cumplía veintitrés años, ella y sus padres fueron detenidos en su casa de París, el primer día que habían decidido volver allí a dormir. Durante semanas, temiendo una deportación cercana, se habían refugiado en distintos domicilios de amigos. Como otros 67.000 judíos franceses, fueron llevados a Drancy, un campo de tránsito, llamado tétricamente «la antesala de la muerte», instalado en las cercanías de la capital. Luego eran deportados en vagones de mercancías a Auschwitz y otros lugares de exterminio. De todos ellos sólo regresaría un 3 %.

Hélène, dada su juventud, sobreviviría aún un año. Evacuada de Auschwitz es enviada a Bergen-Belsen, donde muere a comienzos de abril de 1945, tan sólo unos días antes de la liberación del campo por los ingleses. También la

pequeña y alegre judía holandesa Ana Frank («hay una parte mía, la que todos conocen, donde reside mi alegría extravertida, mis bromas y risas, mi alegría de vivir y no tomarme las cosas a la tremenda, y otra más bonita, pura y profunda», dirá en la última entrada de su diario, el 1 de agosto de 1944, antes de ser detenida junto a su familia) sucumbe a la misma epidemia de tifus y muere, como Hélène, sin una fecha precisa, como sucedía con muchos de ellos, entre febrero y marzo de 1945, poco antes de la llegada de los Aliados.

Funestos paralelismos: dos jóvenes judías, aspirantes a escritoras cuando la guerra acabase, una nacida en París y otra en Ámsterdam. Dos autoras de dos de los más estremecedores e iluminadores diarios escritos en la época del Holocausto, que murieron en el mismo campo, con pocos días de diferencia, algo antes de la Liberación. Se llevaban siete años. Una, Hélène, había vivido la Ocupación de su país, Francia, en una angustiada y amenazada «libertad», entrando y saliendo de su casa, del metro y de la facultad, paseando por su «territorio encantado» como ella llamaba al Barrio Latino, con la estrella amarilla cosida a su solapa. La otra, la más joven, Ana, experimentando las turbulencias, ilusiones, anhelos y primeras atracciones hacia el otro sexo, propias de su edad, recluida en una casa-prisión, destinada a ocultarlos de los que los perseguían, los alemanes. ¿Se llegaron a conocer, a cruzarse siquiera? Nunca lo llegaremos a saber. Sus diarios fueron escritos antes de ser internadas en los campos, donde se pierde su pista. No sabemos nada, o casi nada, de su vida y de su día a día durante la rutina monstruosa de aquel infierno, antes de su muerte.

Pero sus diarios, los diarios escritos bajo la Ocupación alemana en cada uno de sus países, se convertirían con el tiempo en documentos excepcionales, no sólo para los historiadores sino para todo aquel que se acercara a ellos con el objeto de conocer en profundidad lo vivido por muchos otros seres humanos perseguidos, acosados, repudiados, indefensos. Para conocerlo de cerca, en lo más íntimo, y

también, pasados los años, para seguir luchando por siempre jamás contra la erosión y el desgaste del paso implacable del tiempo y del olvido. Estos diarios, estas obras, se convertirían en unas armas de vida, en vez de muerte y destrucción, que proclamaban eternamente la verdad inapelable de lo sucedido. Unas armas de paz y comprensión entre seres humanos que muy pronto, como se comprobó, tuvieron que levantarse de nuevo para enfrentarse a la infame peste del *negacionismo*, al falseamiento de la Historia y a la igualmente perversa *relativización*, que aún hoy aparece por doquier.

Unas armas que también tuvieron que clamar contra la indiferencia, contra el «agotamiento», saturación o incluso incomodidad, por lo inconmensurable de la tragedia, que provocaba en muchos el tener que recordar el genocidio de seis millones de seres humanos sucedido en su propio suelo, en la «civilizada» Europa. En la obra *La indagación* del dramaturgo Peter Weiss, un sobreviviente de Auschwitz cuenta que cada vez que subía a un tranvía en verano y en manga corta, al vérselo el tatuaje del brazo, la gente lo miraba y reaccionaba como si se tratara de una «afrenta». Por su parte, la política francesa Simone Veil (nacida Simone Jacob), sobreviviente de Auschwitz, también evocó en una ocasión el regreso de los deportados tras la guerra con unas palabras escalofrantes: «Encontramos un muro de indiferencia. La gente no soportaba escucharnos. Aburríamos». El propio Primo Levi, cuando después de la guerra iba a Alemania de viaje de negocios, a la pregunta inmediata de cómo es que hablaba tan bien el alemán, contestaba abiertamente: «Lo que ocurre es que me llamo Levi, soy judío y estuve en Auschwitz». A partir de ese momento, decía, la conversación cambiaba de tono.

Las dos jóvenes autoras de dos diarios inmortales, Hélène y Ana, volvieron para hacerse escuchar. Sin conocerse quizá, participando de un macabro *genocidio literario* emprendido por los nazis que se llevaría consigo a los mejores genios futuros de la escritura y el pensamiento de forma

paralela al gigantesco y planeado genocidio que masacraría a seis millones de judíos europeos, morirían con apenas unos días de diferencia, a punto de ver el fin de su tormento. Las dos, posiblemente, conociendo su fuerza, su carácter, su determinación a no caer en el desaliento, lo harían llenas aún de esperanza y ansiedad por ver ese día largamente deseado: el día en que se reencontrarían con los suyos. «La desgracia -decía la filósofa judía Simone Weil en un texto escrito en Berlín en 1932, poco antes de la llegada de Hitler al poder- no es radicalmente desgracia si uno se puede sustraer mentalmente de ella, si se percibe el final.» A la jovencísima Ana, que quería ser escritora, a Hélène que ya se había convertido en una brillante experta en literatura inglesa, el destino cruelmente no les concedió, por unos días, el ser liberadas por fin de aquella pesadilla y aquel infierno que fue su tiempo. Un tiempo que, de nuevo, funesta y sombríamente, se veía comprimido, en este caso más despiadadamente que nunca.

«¿De verdad sólo tengo catorce años?», se preguntaba la inquieta y avispada Ana Frank en su Casa de Atrás. Ese era el nombre por el que se conocería el refugio ideado para ocultarse de los nazis, detrás de la empresa de su padre, Otto Frank. En él, Ana, junto a su familia, pasó casi dos años y medio de su vida hasta ser llevada a la muerte en el campo de Bergen-Belsen, en la Baja Sajonia. No fueron los únicos. Allí serían asesinados, de 1943 a 1945, aproximadamente unos 70.000 judíos, trasladados principalmente desde Bélgica, Holanda, Dinamarca y también de la antigua Yugoslavia. Una de las pocas prisioneras que sobrevivirían y llegarían a ver la liberación del campo sería Hanna Lévy-Hass. Desde agosto de 1944 hasta la llegada de los aliados lograría escribir en Bergen-Belsen un *Diario* con pedazos de papel conseguidos aquí y allá.

Hanna era una joven y humilde maestra nacida en Sarajevo, en el seno de una familia de judíos sefardíes, que ejercía en un pueblo de Montenegro. Como Ana, como Hélène, como la creadora de otro *Diario* inmortal, la joven ju-

día holandesa Etty Hillesum, Hanna luchó hasta el fin para no sucumbir a «la existencia mísera y estéril», exenta de todo pensamiento y deseo de vivir, «sin libros», la pasión de todas ellas. Una total y absoluta aniquilación que otros habían programado para intentar deshumanizarlas, para desproveerlas de toda dignidad y respeto por sí mismas, antes del último suspiro. Así lo expresaría en su diario Hanna Lévy-Hass: «Sin libros estamos enfermos. Tengo la impresión de que lo esencial de mi ser ha sido aniquilado. Qué cantidad de horas perdidas, de riquezas esfumadas, inaccesibles... Qué existencia tan mísera, tan estéril... Tengo la mente atrofiada. Reflexiono, aprendo mucho en medio de esta desgracia, aprendo a comprender cosas que antes se me escapaban. Pero pienso con nostalgia en la vida verdadera, en la de la humanidad libre, en el conocimiento que no he adquirido a lo largo de los últimos años o incluso aquí, en tantas lagunas de mi saber».

Una vida «verdadera» dejada atrás, y una verdad dura, inconcebible e inimaginable para tantos que habitaban «fuera», que a ellas en cambio les sería, de algún modo, revelada. Una dolorosa conquista personal, de cada uno, que Nietzsche expresó así en sus *Fragmentos póstumos*: «¿Cuánta verdad soporta, cuánta verdad osa un espíritu? [...] Toda conquista del conocimiento es consecuencia del coraje, de la dureza consigo mismo».

Una vida resistente, dura, imbatible, una loca esperanza que nunca se pierde, más fuerte que el instinto de muerte, que el «dejarse morir» o «esperar la muerte pasivamente», como lo llamaría en su estupendo libro de memorias *Bajo una estrella cruel* (1973) la checa Heda Margolius Kovály. Así lo describía la valerosa Heda, que sobrevivió a las dos tiranías, la nazi y la comunista: «La gente me pregunta a menudo: "¿Cómo te las arreglaste? ¡Sobrevivir a los campos! ¡Escapar!". Todo el mundo supone que morir es fácil y que la lucha por la vida requiere un esfuerzo sobrehumano. Por lo general es más bien al revés. No hay nada más difícil que esperar la muerte pasivamente. Mantenerse con vida

es sencillo y natural; no requiere ninguna resolución particular».

De una familia de judíos acomodados, Heda Margolius Kovály (Praga, 1919-2010) fue deportada en 1941, a los veintidós años, junto a su familia, al gueto de Łódź, y posteriormente a varios campos de concentración, entre ellos Auschwitz, donde sus padres fueron asesinados en 1944. Ella consiguió escapar un año más tarde, cuando la trasladaban junto a otras prisioneras al campo de Bergen-Belsen. Al acabar la guerra, su marido Robert Margolius, que también había sobrevivido a los campos, sería ejecutado en 1952, en una de las primeras purgas estalinistas del régimen comunista checoslovaco. Un deber el de resistir, el de mantenerse con vida, el de «alzar la cabeza», el de no dejarse abatir y salir triunfante de aquellos proyectos demoníacos, que Heda opondría siempre, valientemente, a la tiranía de un siglo de crueldad paroxística: «Entonces, yo también alzaba la cabeza, pues en ese preciso instante sabía a ciencia cierta que el amor y la esperanza son infinitamente más poderosos que el odio y la furia, y que en algún lugar más allá de la línea de mi horizonte, estaba la vida, indestructible, siempre triunfante».

Inteligencia, conocimiento, sed de saber, deber de ver y comprender, determinación en no dejarse vencer ni derribar, todo eso les insuflaba vida día a día, las hacía crecer como seres humanos a todas aquellas mujeres, incluso a las más jóvenes e inexpertas. «¿De verdad no soy más que una colegiala tonta?», se seguiría preguntando de forma emocionante Ana Frank en su refugio de Ámsterdam. «¿De verdad soy aún tan inexperta en todo? Tengo más experiencia que los demás, he vivido algo que casi nadie conoce a mi edad.»

En ese mundo al revés, en el que las generaciones jóvenes, en ocasiones tan sólo niños, conocen lo que en otras circunstancias, en un mundo normal y civilizado, les sería vedado y provocaría entre sus mayores escándalo y horror, ellos, los niños judíos de los campos, o los niños escondi-

dos en lugares ocultos y llenos de peligro, convivían con una subrealidad cruel y monstruosa, día a día, con toda naturalidad.

«¿Por qué respondes a todo “naturalmente”?», le reprochará enfadado un adulto que interroga al adolescente recién llegado de Auschwitz y Buchenwald en la novela *Sin destino* del premio Nobel de Literatura Imre Kertész. A lo que el chico le responde: «Porque en el campo de concentración sí eran cosas naturales». Kertész sería deportado a Auschwitz con tan sólo quince años. Una experiencia que luego quedaría plasmada de forma glacial e hipnótica, manejando a ratos un macabro humor negro cercano al absurdo, en esta magnífica novela autobiográfica publicada, tras muchos avatares, en 1975.

Naturalidad sobre todo cuando eran pequeños, cuando el recuerdo del pasado estaba tan sólo instalado en una gran bruma y apenas habían vivido para comparar. Una naturalidad e inocencia pasmosas que el escritor y físico holandés Jona Oberski, que con tan sólo cinco años fue internado en Bergen-Belsen como Ana Frank, logrando salir vivo después de tres años en un infierno incomprensible de normas estrictas y demoníacas, dejaría reflejado en un sobrecogedor libro de recuerdos que dio la vuelta al mundo, titulado *Infancia*.

Normas demoníacas que les obligaban a adaptarse sagaz y rápidamente a aquellos niños y, al mismo tiempo, olvidar las enseñanzas del «mundo anterior», pulcro, ordenado, cálido, lleno de afectos y tiernas palabras, del que provenían. Cuando el pequeño Jona le diga en Bergen-Belsen a su madre que quiere acompañarla para ver a su padre agonizante en la enfermería, ésta le contestará que su padre posiblemente muera ese mismo día y que no está bien que «los niños pequeños presencien escenas semejantes». A lo que Jona replica: «Ya no soy un niño pequeño, todos los niños que conozco también han presenciado la muerte de sus padres». En aquel lugar aparte, fuera del mundo conocido y civilizado, se trataba sin cesar de una iniciación a

la vida a través de la muerte: al día siguiente los niños mayores dejarán que Jona los acompañe porque su padre había muerto y él había presenciado sus últimos instantes.

Trabajando sin descanso en lo que podían («He trabajado todo el día, para huir. He conseguido olvidar», escribirá en su *Diario*, en 1942, Hélène Berr), ayudando a los demás o completando sus diarios en unas condiciones psicológicas y mentales inimaginables, estas jóvenes escritoras incipientes lograban mantenerse lúcidas, conscientes, humanas, para diferenciarse de las «bestias» que las acosaban, las deportaban y las asesinaban a diario. Que las asesinaban a ellas y a otros muchos, perseguidos y masacrados sin piedad en aquellos días en Europa por el único pecado de haber nacido. De haber nacido judíos. Diferentes para algunos, iguales para otros. Pero, por encima de todo, seres humanos, únicos y singulares, inolvidables cada uno a su manera y reconocibles hasta el fin de sus días.

«No podemos convertirnos ni en bestia ni en árbol, no podemos y los SS no consiguen que lo logremos», diría el francés Robert Antelme, marido de Marguerite Duras en los años de la guerra y miembro de la Resistencia, detenido por la Gestapo en 1944, que escribiría unas impresionantes memorias de su paso por Buchenwald y Dachau, publicadas en 1947 con el título de *La especie humana*. «No hay ambigüedad, seguimos siendo hombres, moriremos siendo hombres. La distancia que nos separa de otra especie sigue intacta, no es histórica -clamaría Antelme en su libro- Porque somos hombres como ellos es por lo que los SS se verán en definitiva impotentes frente a nosotros. Porque habrán intentado cuestionar la unidad de esta especie es por lo que serán finalmente derrotados.»

Borrar cualquier huella anterior de lo humano era fundamentalmente el objetivo sádico, «metafísico» y último de aquel sistema de exterminio masivo no sólo de cuerpos sino también de almas. Ya lo dijo David Rousset, el autor de *El universo concentracionario*, miembro de la Resistencia francesa durante la Segunda Guerra Mundial y sobrevivien-